

ocurre que Él mismo instruye directamente á alguien por un impulso puramente interno. <sup>(1)</sup> Pero es esto una excepción que no hace más que confirmar la regla general. Y esta excepción tiene lugar únicamente en favor de aquellos que se someterían voluntariamente á una dirección humana, si tuviesen ocasión de ello; y sólo son objeto de ella porque no tienen la posibilidad de encontrar un director. <sup>(2)</sup> Fuera de este caso, no ofrece esta gracia extraordinaria á ninguna persona que rehusa la dirección externa de la obediencia, y que le ruega que ella misma sea su propio director. <sup>(3)</sup>

En la vida de Santa Mechtilde de Magdeburgo, vemos precisamente cuán poco comprenden el espíritu de Dios y cuán poco deben esperar hallar á Jesucristo aquellos que cuentan con sus luces interiores y con la dirección inmediata de Dios. «Una vez, durante la noche—dice la Santa—yo, pobre é indigna criatura, ví al Salvador en forma de peregrino que había recorrido toda la cristiandad. Arrojáme á sus pies diciendo: «Querido peregrino, ¿de dónde vienes?»—«Vengo de Jerusalén,—me respondió.—(Quería decir de la cristiandad). He sido arrojado de mi propia casa. Los paganos no me conocen, los judíos no me soportan, los cristianos me atacan».—Entonces oré por la cristiandad. Pero el Salvador se lamentaba con profunda tristeza de las penas que le hacían sufrir los cristianos, y enumeraba todas las bondades que les había prodigado y lo que había sufrido por la Iglesia. Todos los días—decía—buscaba en ella ocasión de poder derramar su gracia. Entonces redoblaron sus quejas, y exclamó: «La terquedad y la propia voluntad me arrojan del asilo de sus corazones. Pero, en este caso, los abandono á sí mismos, y cuando mueran, los juzgaré en el estado en que los dejé en aquel momento». <sup>(4)</sup>

(1) Augustin., *In Psalm.* 113, 2, 11. Gregor. Magn. *Dial.*, 1, 1.

(2) Vincent. Ferrer., *Vita Spirit.*, p. 2, c. 1, 1 (Rousset, p. 76 y sig.).

(3) Cassian., *Collat.*, 2, 15.

(4) Mechtild von Magdeburg, 7, 13.

**12. Sin obediencia corre peligro la salvación.**—Tras lo que acabamos de decir, fácil es comprender que la ascensión á la montaña del Señor es muy peligrosa, y fácil de darnos cuenta de las luchas que debemos sostener contra ese poder que parece que ha jurado impedirnos llegar á su cumbre.

Y, cosa curiosa, apenas si existe una montaña con relación á la cual no relaten los pueblos alguna siniestra leyenda. Ora es un genio maléfico que juega malas pasadas á los viajeros aislados, los extravía ó los precipita en el abismo, ora otra desgracia.

Esto hace pensar en las palabras del Señor: «¿Cómo caíste del cielo, oh lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? Tú has sido un querubín que extiende las alas y cubre el trono de Dios. Yo te coloqué en la montaña santa de Dios. Pero he aquí que te has enorgullecido de tu belleza y has perdido tu sabiduría. Y te has dicho en tu interior: «Escalaré el cielo; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono; sentaréme sobre la Montaña de la Alianza; sobrepujaré la altura de las nubes más elevadas; seré semejante al Altísimo». Pero tú has sido precipitado al infierno, á la más honda mazmorra». <sup>(1)</sup>

Desde entonces, este espíritu malvado no puede ver á nadie que intente alcanzar la cima, de la cual le hizo descender la desobediencia, sin que se esfuerce en perderlo. Apenas advierte que alguien sube á esta montaña, cuando se levanta furioso y se encarniza en su persecución, como dice un viejo poeta: «Suspendido el carcaj sobre sus hombros y calado el casco, este feroz enemigo de Dios se desliza como la serpiente; y él, el maestro del perjurio y de la hipocresía, se lanza fuera del infierno como león furioso». <sup>(2)</sup>

Y ahora, representémosnos la situación de un viajero, que, desconociendo el camino que conduce á esta montaña, se aventura á subirla solo. Pónese en camino con valor,

(1) Is., XIV, 12 y sig. Ezech., XXVIII, 14 y sig.

(2) Caedmon, *Genesis*, 5, 442 y sig.

confiando en su prudencia y orgulloso de su fuerza. Pero, ¡cuántas veces se ha arrepentido de su temeridad! ¡Si tan sólo pudiese hallar un guía seguro! ¡Qué hacer? ¡Volver sobre sus pasos? No se lo permite su orgullo. Entonces se apodera de él la desesperación. Considera inminente su pérdida. Retroceder le es tan difícil como avanzar. Sobre el borde del abismo, desde el cual hace mucho tiempo que le acecha, le sorprende repentinamente su enemigo y da libre curso á su cólera, «semejante al león, á quien sus hambrientos pequeñuelos le esperan en su guarida, y que, tras larga é infructuosa caza, descubre repentinamente una presa». <sup>(1)</sup>

El pobre hombre puede arreglar sus cuentas; está perdido.

Entonces comprende la verdad de lo que la razón y la conciencia, la experiencia de millares de personas y la palabra de Dios, le han advertido tantas veces, á saber, que sólo asciende con seguridad á la montaña de Dios el que hace el camino con otros, protegido por una dirección segura.

Pero esta experiencia llega demasiado tarde para él. Sin embargo, puede ser útil á otros. «¡Felices los que se aprovechen de ella!

(1) *Lohengrin*, 5, 573, 4 y sig.

## APÉNDICE

### LA DIRECCIÓN DE LAS ALMAS

1. Lo que facilita la empresa del apologista.—No podemos ocultar á los que comparten con nosotros nuestra fe y nuestras ideas, que con frecuencia podrían hacer mucho más fácil su empresa al defensor de la vida cristiana, y esto por modo sencillísimo.

El que se limita á exponer la doctrina cristiana tiene una tarea mucho más fácil que el que quiere defender la vida pública del cristiano contra los ataques de sus enemigos. Como estas funciones no son desempeñadas por ángeles ni por santos, sino todo lo más por hombres que se esfuerzan en llegar á ser santos, compréndese por adelantado que no lo serán por modo tan perfecto como fuera de desear.

Cosa es ésta que todo el mundo sabe, y nadie debería escandalizarse ni asombrarse de ella. Sólo el orgullo de los estoicos, el fanatismo de los donatistas y el rigorismo de los jansenistas pueden declarar la guerra al Cristianismo, porque sus adeptos no realicen por completo su empresa.

Pero los que conocen al hombre, y los que ante todo se conocen á sí mismos,—de ordinario son los que aspiran con mayor celo á la perfección—se acuerdan en estas ocasiones de las palabras de su Maestro de que: «En el trigo hay siempre cizaña y que vale más dejar crecer uno y otro hasta la siega». <sup>(1)</sup> Esto les preserva del doble peligro, ó de caer en el pesimismo y en la acritud, si es que no lle-

(1) *Matth.*, XIII, 30.